

Jesús

Amigo para siempre

p. Jorge Benson

Jesús

Amigo para siempre

*A los que, siendo chicos,
gritaban: ¡gracias Jesús!
para que sigan siendo siempre Sus amigos.*

Edición sin valor comercial.
© Jorge Benson
Moldes 1157 – Buenos Aires.

1

La religión en clave de amistad

Jesús está vivo. Murió y resucitó. Es Dios.

Y como tal está presente, nos mira, nos está dando la vida.

Y, con el mismo corazón que lo movió a ofrecerse en sacrificio por nosotros, nos ofrece Su amistad.

Un regalo inmenso nos hizo al crearnos. Otro gran regalo es dársenos a conocer, y así saber que existe, y está y nos quiere.

También son dones de Su gracia el responderle, querer cumplir sus mandamientos, recibirlo en sus sacramentos y verlo en los demás.

Pero hay más. Otro enorme regalo Suyo es corresponder a su invitación a ser Sus amigos y disfrutar de su amistad. Y decidírnos a vivir nuestra religión como una amistad con Cristo, una amistad que plenifica nuestra vida.

Porque se puede *ser religioso* de muchas maneras, y sobran los ejemplos.

Para muchos basta con *no hacer mal a nadie*.

Para otros no basta con eso, y por eso cumplen fielmente con ciertas *devociones*. Van a alguna misa, tal vez no se pierden cierta novena.

Los hay que también se empeñan meritoriamente en la práctica de algunas *virtudes*: gestos solidarios, castidad, abstinencia de alcohol...

Algunos leen libros piadosos, fecundos en inspiraciones.

Menos numerosos son los que frecuentan los sacramentos, como buenos cristianos.

Y son menos, tal vez, los que dan su tiempo generosamente a oportunas *obras* apostólicas y de caridad, visitando enfermos, promoviendo carenciados...

Algunos cumplen cuidadosamente funciones eclesiales, de culto y de gobierno.

Y los hay que llevan, heroicamente, una pesada cruz...

Pero todo ello no supone, necesariamente, una comunicación íntima con Cristo, una amistad personal con El, como lo vivieron los Santos.

Ellos nos enseñan que todas esas expresiones de religiosidad van a ser tanto más auténticas, gozosas y fecundas, cuanto se cumplan *sabiendo que El está ahí*, y haciéndolas por amor al Amigo.

Entonces esas devociones no serán meramente rutinarias, como cepillarse los dientes, sino expresiones de cariño. Como no es lo mismo cumplir con lo que manda el jefe de la oficina que darle un beso al hijo o un abrazo a la persona amada.

En el marco de una sentida amistad, querer ser virtuoso no será narcisismo u orgullo estoico, sino una casi espontánea y humilde identificación con Cristo: *ya no soy yo, es El quien vive en mí...*

Esas lecturas espirituales no serán mera afición a una literatura interesante, sino otro modo de frecuentar el trato con el Amigo, de saber sobre El, conocer mejor a quien se ama.

El apostolado y la solidaridad no será puro activismo, entretenimiento grupal, refugio contra el aburrimiento, sino despliegues contagiosos y proyecciones genuinas de un amor que llena el alma y que se hace comunión.

El cumplir una función eclesial de jerarquía no será el frío trabajo de un burócrata rentado, ni un medio eficaz para canalizar sórdidas ambiciones, sino el sacrificio que se ofrece por al Amado en un servicio muchas veces arduo, incomprendido y solitario.

Y la cruz, la que llevamos todos, no será solamente la ocasión de ofrecer algo valioso al Señor, sino de estar más cerca de Jesús en el momento de mostrarnos Su amor sacrificado y verdadero, y de ayudarlo, como amigos.

Todo eso será el ofrecimiento cotidiano y el don de la propia vida, sabiendo que El está ahí, y que toda la religión es un tratar con El, un *estar con El*, aunque a veces El se esconda, parezca ausente, se haga el dormido... Sabiendo que Cristo es el Amigo que puede sentir por nosotros, humanamente, el afecto de la amistad.

Se trata, entonces, de ser *religioso* sabiendo que Jesús nos acompaña, nos alienta, nos escucha y nos inspira, nos da fuerza y consuelo, a veces nos carga sobre Sus hombros, y, aun con cicatrices frescas de caídas, vuelve a enviarnos.

Se trata no solo de conocer a Cristo sino de que ese conocimiento redunde en la afectividad. De saber que existe, saber que está cerca, y sentir en el corazón un gran amor a El. No solo de decirle oraciones, sino de disfrutar de Su presencia en silencio. No solo de buscarlo para pedirle y obtener de El lo que necesitamos, sino de amarlo por El mismo, dispuestos a darle, más que a pedirle.

Y ¿qué podemos dar a Dios, que lo tiene todo?

Sólo y nada menos que el corazón, es decir el centro de nuestra vida que lo resume todo, lo anima todo, lo racional, lo afectivo, y todo lo que hace a nuestro pequeño mundo.

En vez de decirle todo el tiempo: - *dame esto, dame el otro*, le decimos, como le dicen Sus amigos: - *Tomá, Señor Jesús, mi libertad, mi inteligencia, mi voluntad, todo lo que tengo, todo lo que es mío, porque es Tuyo. Vos me lo diste, te lo devuelvo. Dame solamente Tu amor y Tu gracia, y con eso me basta...* (San Ignacio).

Ya no es rutina. Ya no es mera obligación.

Vivir la religión como una amistad con Cristo le da a nuestra vida cristiana un sabor nuevo y especial.

Pero ¿es posible?

Y ¿El lo quiere así?

Vamos a responder a lo primero intentado redescubrir en nosotros la propia capacidad para la amistad. Se trata de revalorizar la capacidad de gozar de la amistad que tenemos en nuestra propia afectividad.

Y luego, contemplando al Jesús del Evangelio, al Amigo de los Santos, motivaremos el corazón para poder decir como uno de ellos: *basta ver a Cristo para amarlo, basta abrir los ojos y mirarlo...*



2

El Amigo ideal

Por eso, hay que descubrir la amistad con Jesús, que se nos ofrece como a los Santos. Hay que levantar la mirada hacia Jesús, cuando hablamos de amistad. De la relación entre dos personas que se quieren y disfrutan acompañándose y ayudándose a crecer. De una relación en la que amamos a otra persona a la que le deseamos lo mejor y con la que queremos compartir. De una relación que se perfecciona en la medida que los amigos sean más desinteresados y sinceros. Es decir, en la medida en que los amigos *sean mejores*. Y así, cuanto más confiadamente se acerquen uno al otro, más va a aumentar el valor, la profundidad y la duración de esa amistad.

Cuanto más espiritual es el fundamento de una amistad, ésta será más duradera. Porque si se basa en un deporte, el gusto por los viajes, o en los placeres de la buena mesa, cuando surja una imposibilidad física, se imponga una dieta forzosa o una repentina bancarrota acabe con los recursos, con ellos van a terminar los encuentros y, a la larga, la amistad. Y uno va a

constatar que, en realidad, esa relación no habría sido de verdaderos amigos, sino quizás sólo de *compinches*, compañeros de entretenimiento.

El lazo de amistad va a perdurar cuanto menos sujeto esté a vicisitudes materiales, como lo están la salud del cuerpo o el dinero. Va a perdurar si, sin excluir lo más superficial, se trata de una relación de dos almas que se conocen, comunican sus secretos y comparten ideales. Si no solamente *miran juntos en la misma dirección* (Saint-Exupéry), por ejemplo la del *green* de golf que los espera con la posible satisfacción de un buen *score*, sino a la vida eterna en la que ambos quieren ser eternamente felices. Así, sólo la muerte puede separar a los amigos, y eso sólo por un tiempo...

Un amigo es un regalo. Con un amigo se multiplican las alegrías, porque al unirse otro corazón al propio, esa doble capacidad de gozar duplica el propio deleite. Y así le decimos, queriendo compartir algo que nos entusiasma: -*¡mirá, que maravilla...!* Aristóteles decía que nos gusta ver comer al amigo, porque nos aseguramos que subsista y la amistad perdure: -*¡probá esta delicia...!* Si le gusta, la disfrutamos el doble.

Y al momento de sufrir, la pena compartida de algún modo se divide y se aliviana.

Gran ayuda en la vida es un amigo. Es como un complemento necesario, como si el hombre fuera *un ser para la amistad*.

En toda amistad puede haber dificultades, como en todas las realidades humanas donde juega el pecado

original y sus consecuencias. Así como las hay entre los esposos, estas dificultades no son más que pruebas que testean la relación y la ayudan, si la amistad es verdadera, a consolidarla. La amistad es una tarea cotidiana. Y cuanto más elevados sean los valores que comparten, y más avancen los amigos *mirando juntos en la misma dirección*, más fuertemente resistirá los vientos que quieran sacudirla en la superficie. Amándose con el alma es más fácil perseverar, porque hay más disposición al sacrificio.

Y en el camino los amigos se ayudan recíprocamente a avanzar, corrigiéndose los defectos, soportándose las debilidades, alentándose en el cansancio, recordándose mutuamente que vale la pena el esfuerzo. La amistad perdura, así, al compartir valores y al promover su realización en cada uno.

La amistad es una parte muy importante de nuestra educación. Desde chicos nos hacemos de amigos. Nos gusta compartir momentos, juegos, nos peleamos y disentimos, nos reconciamos, y en todo eso aprendemos. Al pasar los años crecemos y *cultivamos* esas amistades, disfrutando la mutua confianza, y viviendo, casi sin percatarnos, lo que en cristiano se llaman virtudes: aprendemos *fidelidad*, solidaridad, justicia. Y aprendemos *caridad* fraterna, que toma las formas de disposición al sacrificio, *paciencia*, capacidad de escucha y de perdón. Viviendo en la sinceridad somos *humildes*, porque con el amigo nos conocemos y no tiene sentido ocultar defectos y debilidades. Y así pedimos ayuda y la recibimos: *aliento*, *cosas* materiales, un *favor*...

La amistad es como una virtud, que tiende a hacer mejores a los amigos. La amistad enseña a salir del propio egoísmo y de la búsqueda de la propia satisfacción y conveniencia. Mueve a valorar al otro y dispone al servicio. Despierta y fortalece la capacidad de amar.

Por eso, si al sentir una inclinación favorable hacia alguien que encontramos casualmente, la inclinación es mutua, y nace una amistad y la cultivamos, encontramos alguien que va a ser con nosotros generoso, paciente, servicial, fuente de aliento. *Si encontramos un amigo, encontramos un tesoro...* (Prov. 17, 17).

Por lo general la amistad surge entre dos que tienen características semejantes, y esa amistad va a ir acentuándolas y creando nuevas semejanzas. En otras palabras, el amor se va a dar entre dos que son iguales, o va a igualarlos.

Si la amistad iguala, nuestra mejor amistad y el amigo ideal sería un amigo lo más bueno y fiel, lo más cercano, lo más rico y comunicativo, lo más duradero, lo más sacrificado, *lo más...* Lo más dispuesto a superar las *distancias* haciéndose él igual a nosotros.

Quisiéramos un amigo así, ideal y maravilloso, siempre presente, que nunca nos deje el vacío doloroso que queda *cuando un amigo se va...*

Quisiéramos un amigo que nos eleve con su ejemplo, y cuyas actitudes expresen armonía interior y fortaleza, libertad y señorío, y nos trasmitan alegría y paz...

Qué bueno sería que una tal amistad fuera posible, a pesar de que no sería *entre iguales*. Sin embargo, podría darse si, de algún modo, hubiera entre ambos *imagen y semejanza*. Podría darse si se tratara de una especie de heredero que, como una variante de la historia del *Príncipe y mendigo*, le dijera a su poderoso padre: *Padre, quiero que ahí donde yo voy a estar, mis amigos estén siempre conmigo...* (cfr. Jn. 17,24).

Si una amistad así fuera posible, ¿no valdría la pena hacer todo lo posible por conseguirla?

Es posible, porque tal Amigo existe y es Jesús. Y porque podemos entablar una comunicación afectuosa con El, y permanecer en ella, actual o virtualmente, *sin cesar*, como dice que es posible uno de sus amigos. *Orando sin cesar*, disfrutando su compañía, contando con El, esperando reunirnos con El para siempre.



3

La afectividad de Cristo

Jesús ¿tiene una dimensión afectiva, como la nuestra, como para ser nuestro Amigo? ¿Podría ser nuestro amigo? Y ¿querrá?

Para responder, partamos de lo que ya sabemos.

Dios nos hizo para hacernos felices, con El, en el cielo. Por más que nos rebelamos contra El en Adán y Eva, El mantiene Su intención y nos acompaña a lo largo de nuestra historia. Más todavía, nos persigue y, como dice la Epístola a los Hebreos, busca de varias maneras a sus hijos rebeldes para que vuelvan a su amistad, y *finalmente envía a Su Hijo (Heb. 1, 1) y acampa entre nosotros* para lo mismo.

Viene a buscarnos como si nos necesitara, cuando somos nosotros los que lo necesitamos a Él, para existir, para sobrevivir, para no perdernos la Fiesta eterna en Su Reino.

Pero hay una cierta lógica en esto. Si Dios es amor, su amor hacia nosotros, necesitados de todo, se llama misericordia. Y esa misericordia divina infinita, encarnada en el corazón de Cristo, no puede sino mani-

festarse y actuar como un amor que persigue a cada uno más allá de los posibles méritos o cualidades de cada uno. Cristo es Dios que nos persigue porque nos quiere.



¡Dios asume un corazón humano! Él es el Amor infinito y eterno que viene a nuestra realidad histórica, limitada, y encima pecadora y necesitada. Y el Dios eterno viene al rescate, dispuesto al sacrificio por amor a sus creaturas. Los hace sus hijos. Los hace sus amigos. Ese es Cristo.

¡Y qué dolor, para ese Dios infinitamente amante, venir a los suyos y que los suyos no lo recibieran!

Y al decir *dolor*, estamos hablando de sentimientos, de pasiones, de una dimensión afectiva. Como si Cristo pudiera sufrir. Y gozar. Y querer a sus amigos.

¿Es así, o estamos atribuyendo a Cristo condiciones que no tiene?

La respuesta está en el Evangelio, que nos muestra a un hombre verdadero, que siente y se emociona.

No era ni un ángel ni un fantasma: tenía los cinco sentidos, entre ellos el tacto, y nervios, y cerebro, y todo lo que enseña la anatomía sobre la capacidad de sentir una brisa o un pinchazo.

El Jesús del Evangelio sufre hambre y sed, y pide agua, cansado del camino, a la samaritana, sintiendo el placer de una bebida fresca.

Y sintió, efectivamente, el dolor atroz de la tortura física que nos describen los evangelistas, o la *Santa Sábana*, o, si se quiere, *La Pasión* de Mel Gibson.

Siente tristeza y llora, por Lázaro como por Jerusalén, y sufre en el huerto de los olivos o abandonado en la Cruz.

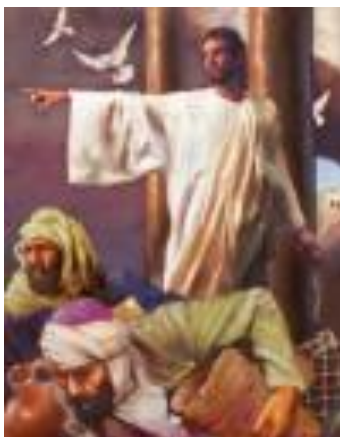
Se enoja y echa del templo a los mercaderes, se compadece de los que lo siguen y multiplica para ellos el pan, siente como propia la desgracia de los que pierden a alguien muy querido y resucita al hijo de la viuda de Naim.

Muchas veces habrá reído y expresado, por ejemplo, la gracia que le harían algunas reacciones de sus discípulos.

Como cualquiera de nosotros, Cristo siente que esas emociones y pasiones repercuten en su cuerpo.

Como en nosotros, su naturaleza ama el bien y odia el mal, y de acuerdo a eso desea, espera, se enoja, teme, sufre. Por ejemplo, Jesús desea el bien futuro: *he deseado comer esta Pascua con ustedes...* (Lc. 22:15); *que todos sean uno...* (Jn. 17:21). Quiere evitar un mal futuro, salvo cuando el deber se impone: *aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya...* (Mt 26:39). Goza con el bien presente: *vengan aparte, a descansar un poco* (Mc. 6:31). Siente tristeza ante el mal presente: *mi alma está triste* (Mt. 26:37). Es capaz de buscar con esperanza el bien arduo: *vamos, ha llegado el que me ha de entregar...*

(Mc. 26:46), y de enfrentar con audacia un mal que hay que superar: *se enoja, toma un látigo y lo usa...* (Jn. 2, 15); *vayan a decirle a ese zorro (Herodes) que no me voy...* (Lc. 13:32). *¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas!* (Mt 23, 13ss). Siente miedo: *comenzó a sentir temor y angustia* (Mc 14:33).



Claro que, sin las malas inclinaciones que dejó en nosotros el pecado original, y debidamente sujetas al juicio de la razón, todas sus emociones y pasiones se orientan al bien verdadero, no a males con apariencia de bien. Sus pasiones, regidas por la razón, se subordinan a Su misión. Pero están ahí, y actúan.

Como cuando se alegra de que correspondamos a Su amistad. Como cuando se entristece si le fallamos y lo traicionamos, aunque Su tristeza no se deba, como nos ocurre a nosotros, a algún mal que le pueda sobrevenir a Él, sino a lo que nosotros perdemos, por nuestro pecado y sus consecuencias. No es por El, sino por nosotros.

4

El Amigo en acción

Jesús puede tener amigos y quererlos.

Siendo verdaderamente hombre, es capaz de tender al bien en general y también, como nosotros, al bien afectivo: puede *querer* a una persona. Por ejemplo a Juan, *al discípulo al que Jesús amaba; mirándolo, lo amó* (Mc 10:21). O a Lázaro: *¡miren cómo lo amaba!* (Jn. 11:36).

Y puede querer también ahora, resucitado. Así le dijo a Santa Teresa de Ávila, que sentía celos de María Magdalena:

- A ella la tuve por mi amiga mientras estuve en la tierra, y a ti te tengo ahora que estoy en el Cielo.

Jesús, aunque a muchos les parezca algo muy raro, pudo haberse enamorado (como podría cualquier hombre, cualquier religiosa, u obispo, o el mismo Papa). Y ¡cuántas pudieron haberse prendado del *más hermoso de los hijos de los hombres!* Pero, así como cuando *comenzó a sentir temor* en Getsemaní, o cuando se enojó, en Jesús todo afecto o emoción se sometió al imperio de una voluntad decidida a cumplir la misión para la cual había sido enviado. Gran ejemplo

para nosotros, a quienes la herida del pecado original promueve la desobediencia de las pasiones al dictamen de la razón.

A Jesús le encanta tener amigos, y eso no sólo no es contrario a Su misión, sino que es parte importante del cometido que lo trajo al mundo: recuperarle los hijos al Padre, viviendo con ellos, como un amigo, hablándoles del Reino, como se cuentan cosas los amigos, y conquistándolos con el inmenso sacrificio de *dar la vida por Sus amigos*.

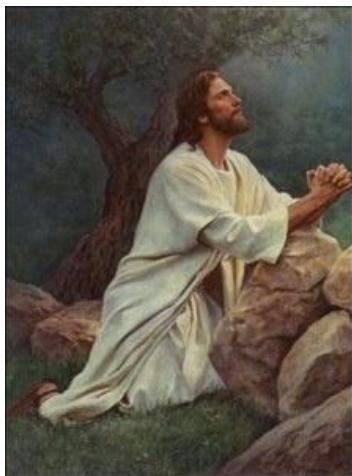
En los Evangelios aprendemos que Jesús quiere a cada uno con amor singular.

El Dios hecho hombre busca a cada uno de los que ama, como si los extrañara, como si los necesitara (cf. Mt 11, 28).

Al encontrarse con aquéllos que vino a buscar, los llama, los alimenta, les enseña, los consuela y los perdona, como hizo con los discípulos que, después de la Pasión de su Maestro, habían abandonado la Comunidad de los Apóstoles y se dirigían a Emaús (cf. Lc. 24: 30). A veces los hace descansar (cf. Mt 20, 20-28), y seguramente muchas veces se alegró con ellos (cf. Lc. 10, 21). Actúa como actúa un amigo, y se hace amigos *empezando El por serlo*. Y ciertamente hizo amigos, entre pescadores como Pedro y Juan, entre mendigos como Bartimeo y entre sacerdotes como Nicodemo.

Si bien El ama a todos los hombres, tuvo una amistad muy especial con Juan, el discípulo amado (cf. Mt.

11: 29), así como con Pedro y Santiago, cuya compañía prefirió en momentos especiales: en la transfiguración (cf. Mt. 5, 48), o en la agonía en el huerto (cf. Mt. 11: 29).



Tuvo una especial relación con Lázaro, Marta y María, y su casa en Betania era su lugar de descanso. Como un buen amigo, cuando Marta y María lo llamaron porque Lázaro estaba enfermo, cambió sus planes y allí fue.

Y cuando escuchó de la enfermedad de la suegra de Pedro, allá fue con Santiago y

Juan, y la curó.

Jesús fue un hombre de muchos amigos. Y los *necesitaba*, como los necesitamos todos especialmente en los momentos de prueba. Cuántas veces habrá apreciado su presencia cordial, su buena acogida, su silencio solidario, en momentos de cansancio, de incompreensión e ingratitud, Cómo habrá disfrutado el calor de la amistad mientras otros le retribuían con indiferencias, burlas y calumnias tantos gestos suyos de compasión, tantas muestras de su disposición al sacrificio por la redención de todos. El Dios eterno

viene a los suyos, y cuando *los suyos no lo recibieron*, su corazón recibió el consuelo de la amistad.

Y, como buen amigo, Jesús está dispuesto a perdonar, como lo ilustra, entre muchas otras, esa magnífica escena que pinta san Juan, casi al final de su evangelio.

Están pescando, Pedro, Juan y alguno más de los Apóstoles. Jesús había muerto y ellos, desconsolados y desconcertados, habían vuelto a lo que sabían hacer. Pero no habían pescado nada en toda la noche, así que están de muy mal humor. De pronto alguien les pregunta desde la orilla si tenían pescado. Juan lo reconoce, Pedro se zambulle, y ahí está Jesús, al que habían negado y abandonado,

esperándolos para compartir con ellos un asado (un pescado asado), como si nada hubiera pasado. Sin reproches, sin acusaciones, sin pedirles explicaciones.



Ese es Jesús. Y ese sigue siendo, hoy.

Esa capacidad tan nuestra, tan humana, de ser amigos, de acompañarnos con cálida solidaridad, con cordial delicadeza, esa misma capacidad que, sin duda, necesitó durante el curso de su vida mortal, quiere

verla en los amigos que sigue haciéndose a lo largo de la Historia de los hombres.

A lo largo de la vida de la Iglesia, ¡con cuántos Santos, conocidos y desconocidos, habrá tenido Jesús un trato y diálogos así de afectuosos, de amistosos, de *humanos*!

Y en el transcurso de los siglos no se cansa de aparecer, con Su corazón ardiendo, ofreciendo a muchos Su amistad. Cada vez que se muestra a alguno de sus amigos, como a Santa Teresa de Ávila, o san Felipe Neri, o santa Margarita María de Alacocque, les hace ver el ardiente deseo que tiene de ser amado por nosotros, y por eso les manifiesta Su Sagrado corazón y los efectos, en la vida de sus amigos, de esa devoción: paz, consuelo, fervor, un seguro reencuentro después de la muerte. Y, como aliento a los que, como nosotros, se sienten indignos del regalo de Su amistad, Jesús asegura que donde encuentre *miserias* El va a poner el fuego de su amor, para encendernos como los más grandes santos. ¿Qué pide a cambio, y como condición? Confianza. Simplemente confiar en que El puede y quiere ser nuestro Amigo, y como tal quiere compartir lo que tiene, lo que es, desde ahora y para siempre.

Amigos de Cristo eran Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, Tomás de Aquino e Ignacio de Loyola, Don



Bosco y la Madre Teresa, el Cura Brochero, y tantos otros que la Iglesia nos propone como ejemplos.

Alguien podría preguntar: ¿Se puede ser amigo de alguien al que no se lo ve? La respuesta es *no*. Es imposible. Pero a Jesús lo vemos por la fe, sabemos que está, nos ofrece su amistad, y es un placer disfrutarla.

Santos de todos los tiempos, y desde los primeros siglos (desde san Gregorio de Nisa hasta Juan Pablo II) afirman que Dios, siendo invisible pero muy cercano, nos da un cierto *sentimiento de su presencia*, que nos invita a *descansar en El*. Así se explica que disfruten tanto de largos momentos de callada adoración frente al Santísimo Sacramento.

Si *amigo es aquél con quien se está a gusto en silencio*, el silencio con Jesús es especialmente cálido y fecundo. Aun cuando, muchas veces, como pasa con cualquier otro amigo, El parece estar durmiendo...

Pero también es cierto que los amigos conversan. ¿De qué hablamos con Jesús? Tenemos tantas cosas para decirle, para contarle, para consultarle, para pedirle. Un personaje ficticio pero que podría inspirarnos es *Don Camilo*. El inolvidable personaje de Guareschi conversaba con el Cristo de la gran cruz de su iglesia parroquial con la mayor familiaridad, y a veces, a la manera de santa Teresa, se le quejaba y le reprochaba lo que para él era una falta de asistencia.

Otro personaje, esta vez real, respondió a esa misma pregunta, formulada por el Cura de Ars, diciendo, simplemente:



-No hablo. Yo lo miro y El me mira...

Y así, todos los que vivieron en Su amistad a través de los tiempos (como describe la Liturgia a los Santos) podrían dar testimonio de los variados modos de *estar con Jesús*, en silencio, preguntándole, agrade-

ciéndole, adorándolo, pidiéndole, o disculpándose por haberle fallado y queriendo restablecer la amistad.

Como lo hacemos en la misa, con el *acto penitencial* inicial, antes de entablar con El y con el Padre esa magnífica conversación en la que lo escuchamos en las Lecturas, le respondemos en el Credo y el Ofertorio, lo abrazamos en la Comunión, y nos vamos con El a casa.

A lo largo de los siglos, decíamos, muchos descubrieron al Cristo Amigo, el regalo del Padre, de Dios misericordioso, que revive en la Iglesia lo que vivió en los Evangelios. El sigue queriendo ser el Amigo de todos y de cada uno en sus diversas circunstancias.

En cada siglo y lugar continúa Su obra redentora el mismo Jesús que pasó por Galilea y Nazareth haciendo el bien, consolando, dando Vida, enseñando y ofreciéndose por todos.

Unos lo reciben bien. Otros, no tanto. Casi a nadie deja indiferente, como en las procesiones de España, donde todos lo siguen, pero unos con una vela y otros con un palo...

Muchos apóstoles, a la manera de san Pablo, lo llevaron a los cinco continentes, y, tanto en lugares encumbrados como en otros escondidos, la llama del amor a Jesús prendió, y se hizo amigos.

Claro que, como amigos que lo comparten todo, a veces también compartimos las penas, alguna astilla de su cruz. Todo aquello que nos hace sufrir en la vida, los problemas familiares, las enfermedades, las incomprendiones y persecuciones, etc., lejos de ser mirados como castigos de un Dios rígidamente implacable, distante y temible, el *Dios jansenista*, son ocasiones que nuestro Padre permite para que Jesús no esté tan solo en Su sacrificio redentor, para parecernos al crucificado y así ser reconocidos como otros Cristos, para decirle que cuenta con más amigos que lo ayudan a cargar el peso de los pecados de los que todavía no descubrieron ni disfrutaron el calor de su amistad.

La religión de Cristo es la del padre del hijo pródigo, que espera al hijo ingrato como si necesitara de su amor.

Es la religión de un Dios que se hizo muchos hijos, y les dio un corazón como el suyo, lleno de ternura, y los quiere, los espera, los necesita para disfrutar de la familia unida.

Un Dios que nos hizo capaces de querer y disfrutar el amor y la amistad, y está esperando nuestros gestos de cariño.

Así lo anticiparon y lo vivieron y lo disfrutaron los Santos, a quienes la amistad con Cristo los hizo, generalmente de a poco y a través de no pocos esfuerzos, mejores en su situación vital, como hijos o padres, consagrados y miembros de la jerarquía, pobres o con recursos materiales, adultos, o jóvenes o más chicos, todos dóciles hijos de la Iglesia, valientes en el testimonio, solidarios con los demás.



5

En el gozo del Espíritu

La amistad con Cristo nos llena de una alegría profunda, y muchas veces vamos a sentir ese entusiasmo que san Ignacio llama *consolación*, un sentido aumento de esperanza que va a ser fuente de mucho bien en nuestra vida (cf. Ejercicios Espirituales, 316).

Lo debe haber sentido así su amigo Pedro, que quiere vernos también a nosotros disfrutar de la Amistad de Cristo. Y por eso nos escribe: *Porque ustedes lo aman sin haberlo visto, y creyendo en él sin verlo todavía, se alegran con un gozo indecible* (cfr. I Pe: 1, 8-9)

En el fondo del misterio de esta amistad con un Amigo invisible, está el amor entre Dios Padre y Dios hijo, es decir el Espíritu Santo, que nos hace compartir la alegría de ese amor infinito, realizado, gozoso.

Es ese mismo Amor el que animaba el acto creador que trajo a la vida a toda la creación (Gn. 1:2) y a cada uno de nosotros, y el que fecundó la Encarnación del Dios que venía a rescatarnos para el Cielo.

Y es el mismo Amor el que quiere unirnos a Cristo, para que en Él amemos al Padre. Porque cuanto

más *íntimos* de Cristo, más íntimamente vamos a cumplir el plan de Dios al crearnos, más vamos a amar al Padre, desde ahora y para toda la eternidad. Y según ese plan de la Trinidad, en la que el Padre y el Hijo son *amigos* en el Espíritu, el Padre quiere que también nosotros seamos amigos del Hijo. ¡Para eso vino! Para *contarnos sus secretos, mostrarnos al Padre y llevarnos a donde Ellos están...*

El Espíritu es el aliento de amor entre Padre e Hijo, es la *espiración* divina que se nos envía después de la Ascensión de Cristo para que ese Plan, esa obra de nuestra redención y *divinización*, sea completa. Creados a imagen y semejanza de Dios, seremos nosotros también, en el Cielo, respecto del Padre, no solo *hijos en el Hijo*, sino *amigos en el Amigo*.

Jesús dice que Sus amigos van a recibir a Dios como un huésped. Dios es el Padre y el Hijo que se aman gozosa y eternamente en el Espíritu Santo. En nosotros, Dios sigue siendo el Amor infinitamente feliz, fuente de gozo, paz y benignidad. El fruto del Espíritu Santo, es decir del amor de Cristo, es la caridad. San Francisco de Sales dice que ese fruto es una caridad gozosa, paciente, feliz, y benigna. El amor divino, enseña ese gran amigo de Jesús, y podemos atribuirlo así a la amistad de Cristo, nos llena de alegría y consuelo interior, con una gran paz del corazón que se mantiene entre las adversidades por la paciencia y que nos dispone a ayudar al prójimo con una cordial bondad. La amistad con Cristo nos hace felices.

Y con el mismo gozoso amor, como es natural, uno quiere a los que quiere el corazón amado. La amistad predispone a querer a todos los que quiere el amigo.

Por eso, si somos amigos de Cristo *sentimos con Él* y como Él Su amor al Padre, a Su Madre, a Su Iglesia, es decir a todos los bautizados, sin excluir algunas predilecciones, desde Juan Evangelista hasta Santa Teresita, y tantos más hasta el día de hoy.

Jesús ama a la Creación entera, flores, aves, animales, arroyos y océanos, y todo lo que nuestro Padre creó para nosotros y quiere que disfrutemos. Francisco de Asís, gran amigo de Jesús, *siente con Él* al abrazar a un árbol y conversar con pescados y pajaritos. Son muy frecuentes, en las vidas de los Santos, escenas que muestran a Cristo en ellos amando la obra de Dios.

La amistad con Cristo va a hacernos amar más efectivamente al prójimo.

La amistad con Cristo va a motivarnos a amar a todos los que Él ama, y a manifestar ese amor en la paciencia, en la solidaridad, en la dedicación a chicos, enfermos, carenciados, en el conquistarle nuevos amigos.

Ser Sus amigos y disfrutar su amistad nos ayuda a tener una buena disposición hacia los demás, sean o no nuestros amigos. Sabiendo que Cristo nos ama con amor de predilección y con amor de amistad, y con un amor eficaz que lo llevó a sacrificarse por nosotros, Él quiere que mostremos hacia los demás, aun sin ser realmente amigos, un amor como el Suyo: *como yo*

los amé a ustedes! Con un amor como quiere san Pablo: servicial, generoso, desinteresado (cf. I Co 13, 4).

Jesús ama también a los que no son cristianos, *para que todos sean uno*, incluyendo a los que no lo quieren, porque El vino para todos, y quiere *que no se pierda ninguno*.

Así, por amor al Amigo, amamos a los que El ama, es decir a todos, estamos dispuestos a ser buenos con ellos, aunque no nos quieran, y a hacerles bien *aun cuando fueran nuestros enemigos*. La amistad con Cristo aumenta y fortifica nuestra caridad universal, y Su ejemplo nos mueve a amar efectivamente, sin esperar reciprocidad, aún a los que nos hicieron mal. Si somos amigos de Cristo, lo hacemos por El.

En eso consiste nuestra religión, en una cuestión de amor. Y si parece una locura esto de amar a los enemigos, esto no escapa al nivel de locura al que puede llegar el corazón humano. Enamorados, somos *capaces* de esa locura y de otras mayores.

Ama y hacé lo que quieras, dicen los Santos. No hay expresión de mayor libertad que ésa. Y así nos quiere Dios, que nos hizo con esa Ley escrita en nuestra naturaleza.

El mal está en la falta de amor, en el egoísmo. Precisamente, para salir de ese encierro se nos presenta y se nos ofrece el Corazón de Jesús, deseando vivir en nosotros. Hay que darle el corazón a Cristo y El, con Su gracia, va a hacernos volar libremente con la libertad de los enamorados. Nunca podríamos remontar vuelo solos, como querría Juan Salvador Gaviota,

sino animados por la gracia sanante y santificante, que es la vida de Cristo en nosotros. Y es la que nos permite decir, con san Pablo: *mi vida es Cristo... es Cristo quien vive en mí.*



6

Conquistar la libertad

El que encuentra un amigo, encuentra un tesoro, dice la Biblia. Y si ese amigo es bueno, fuerte, sabio, lleno de recursos, siempre disponible, es un tesoro único.

Si ese amigo existe, y nos ofrece su amistad de manera muy personal, no podemos pedir nada más.

Y si, encima, comparte lo que tiene con nosotros, y nos valora tanto que, como queriendo asegurar nuestra subsistencia, nos invita siempre a comer, mejor: *Tomen y coman... Vengan al banquete que les tengo preparado...* (cfr. Mt. 22: 1-14).

Y si es la suma belleza, más nos seduce todavía. En Cristo se da esa integridad resplandeciente, esa armonía de la personalidad manifiesta en sus acciones y reacciones.

Su disposición al sacrificio por nosotros, más allá de apegos y de temores, muestra un señorío sobre sí que nos admira y entusiasma.

Al mismo tiempo ese Jesús generoso, afectuoso y fuerte nos inspira a acercarnos a Él y a imitarlo, a tratar de ser como El, a mirarlo, a estar con Él. A pre-

guntarle nosotros también, como aquellos de sus primeros amigos: - *Señor, ¿dónde vives...?* (Jn. 1:38), para hacer como ellos, que se quedaron con El.

Pero para llegar a esa situación de gozosa amistad con Cristo hay que trabajar. Hay que ir liberando el corazón de *afectos desordenados*, es decir de todo lo que puede inducirnos a fallarle y mantenernos en situación de pecado. Inclinationes que brotan de ese fondo de pecado que traemos al nacer, el pecado original, y que pueden provenir y alimentarse, más próximamente, del medio en que nos criamos, de convicciones adquiridas, de costumbres pecaminosas arraigadas, de ambientes que frecuentamos, de los malos ejemplos que asimilamos, etc.

El trabajo de liberarnos de esas inclinaciones, o el *combate espiritual*, comienza por descubrirlas y declararles la guerra, y pedir a Dios la decisión y la perseverancia en esa lucha: *a Dios rogando y con el mazo dando...*

El fruto será ese vivir en la paz y la alegría interior, la *serenidad de la esperanza en la mirada*, y una sensación de plenitud y fecundidad que provienen, sin duda, de la presencia de Dios en el alma: *el fruto del Espíritu es caridad, es alegría, es paz...* (cf. Ga 5, 22).

Dios nos creó para compartir Su felicidad, no para estar tristes y deprimidos. Esto podría ser signo de una vida desordenada, de una conciencia que remuerde, de la necesidad de apartarse de ocasiones de pecado y recuperar la gracia con una buena confesión.

Dios no nos quiere tristes por el pecado, sino *felices* como *los limpios de corazón, los desprendidos de bienes materiales, los que luchan por la justicia...* (cfr. Mt. 5). Es decir, felices con Cristo casto, pobre y redentor.

La vida cristiana, la *religión*, puede verse, desde esta perspectiva, como una lucha por conquistar el corazón del hombre entre Cristo, que quiere hacerlo Su amigo, y el demonio, que lo quiere cómplice. Entre las *dos banderas*, como lo describe san Ignacio, elegimos a Cristo como Amigo y al demonio como un enemigo del que hay que mantenerse alejado para que, como *un perro atado*, no pueda mordernos y hacernos daño.

Esa lucha también se libra en el terreno psicológico donde pueden anidar deseos más o menos conscientes, y en los que la presencia de Cristo como Amigo nos ayuda eficazmente.

Así, por ejemplo, todos tenemos necesidad de afecto, pero no solamente de afecto sensible. No hay que dudar en adherir al Amigo invisible, como lo hacen los consagrados que prometen, por Cristo, celibato.

Todos tenemos necesidad de seguridad y protección, y por eso confiamos en la que nos asegura la Providencia de nuestro Padre, como confían en ella los que, haciendo un voto de pobreza, saben que con Cristo Amigo, *pastor, nada nos puede faltar...* (Sal 22).

Y a todos nos importa el reconocimiento de los demás, hasta el punto que algunos terminan simulando

lo que no son para asegurarlo y aumentarlo. Pues bien, Cristo nos conoce desde el seno materno, y nos quiere como El nos hizo, aún cuando nosotros hayamos estropeado un tanto el proyecto que El, al crearnos, dejó en manos de nuestra libertad. Delante de Dios no vale fingir, y no hace falta.

La amistad con Cristo, entonces, nos ayuda a ser puros, generosos, sinceros. Y en esa autenticidad vamos a poder edificar y cultivar nuestra verdadera personalidad.

San Ignacio nos sugiere, complementando esa oración, *mirarlo* clavado en la cruz, y dejar que el corazón corresponda a tanto amor como El nos muestra con Su sacrificio por nosotros, por cada uno, *por mí*.

Al recibir la gracia de los Sacramentos, como la Reconciliación y la Eucaristía, esa comunicación y comunión se perfeccionan, con la seguridad que nos da la Iglesia de recibirlo de verdad, sin ilusiones ni engaños. Toda la vida moral, el esfuerzo por cumplir los mandamientos, evitar las ocasiones de pecado y resistir a las tentaciones, se dirige a esa comunión con Cristo, a ese *estar con El* ya desde ahora y para siempre en el Cielo.

Los que se aman quieren estar juntos. Y suspiran, como esa gran amiga de Jesús que se llama Teresita, por ese momento en el que los corazones exclaman:
- *¡al fin solos..!*

Podemos ser sus amigos

Como sabemos, somos criaturas. Somos limitados y vulnerables. Necesitamos y nos gusta tener amigos y pasarla bien.

Y, como podemos tenerlos entre parientes y conocidos, somos también capaces de entablar una amistad con Aquel que lo hizo todo, que nos hace sus confidentes, y que quiere caminar al lado nuestro como un amigo.

Más aún, esa capacidad de amar y hacer amigos, de disfrutar del amor y de la amistad, que es como hambre y sed para nuestra dimensión afectiva, encuentra su plena satisfacción en el amor infinito, en la amistad de Cristo. Porque El nos hizo así, y nos hizo para El. Y *nuestro corazón anda inquieto hasta que descansa en El*, al decir de san Agustín.

Con qué sencillez lo entienden y asumen los chicos, en su inocencia, y con qué entusiasmo *se hacen amigos de Jesús*. Para los chicos, precisamente, el mejor antídoto contra la avalancha de tentaciones que vendrán con los años (la *concupiscencia de la carne*,

de los ojos, la soberbia, es decir esas expresiones del orgullo que son la sensualidad y la vanidad) será la amistad con Cristo, vivo en el alma por la gracia.

Los adultos, en cambio, tenemos a menudo el corazón ya demasiado enredado como para disponer libremente de nuestros afectos. Tal vez tememos que, al iniciar una tal amistad con Cristo, y teniendo que dejar atrás ciertos gustos incompatibles con ella, quedemos en el vacío, el desierto, la nada. Cuando en realidad, pudiendo disfrutar de tantas cosas buenas y placenteras, de amores y entretenimientos, podremos también disfrutar de la presencia de un Dios que se hace Amigo, alimento, fuerza, luz, y nos está regala a cada instante la vida y el espectáculo maravilloso de la Creación.

Ya lo decía el Salmo: *Encuentra tu deleite en el Señor, y El te dará lo que desea tu corazón* (Sal. 37:4).

Pero, para que entre Jesús y cada uno de nosotros haya una verdadera amistad, tiene que haber una verdadera reciprocidad. El ya mostró y demostró su intención de darse entero. Ahora nos toca a nosotros mostrarle una entrega total, un don completo.

No, por cierto, para dejar de ser uno mismo. Los Santos, al decirle que sí a la amistad con Cristo, desarrollaron lo mejor que tenían en cada uno de ellos y encontraron, en el camino de la amistad con Jesús, la plenitud de la propia realización. Al fin y al cabo, El es el modelo más acabado de la perfección humana. Y así como se abre una flor y su planta da fruto y se

multiplica, así se dilata y se proyecta la personalidad del que participa de la vida de Dios en Cristo Jesús. El Espíritu de Dios nos llama a llevar a plenitud la imagen y semejanza según las cuales fuimos creados. Ese Espíritu es Amor. El amor que en nuestros corazones nos mueve a decir, con ternura filial, *¡Abba, Padre!*, nos mueve asimismo a decir con todo el afecto del alma *¡Jesús, amigo!*, y a unirnos con El en la alabanza filial al Padre de todos.

Al hablar de Dios y de nuestra relación de amistad con Cristo, estamos admitiendo en nuestra vida una dimensión sobrenatural. Suponemos una sobrenaturaleza, que actúa en nosotros análogamente a nuestro obrar humano, que llamamos la gracia, la vida de Dios en nosotros, que nos sana de las consecuencias del pecado original y nos eleva a la vida divina. Esta participación, misteriosa y muy real, en la vida divina, nos mejora; más aún, nos santifica; y más todavía, nos *diviniza*. Así, si naturalmente podemos conocer, con la gracia conocemos a Dios, y eso es la fe. Si naturalmente somos capaces de amar, con la gracia amamos a Dios y en Dios a los demás, y eso es la caridad. Si naturalmente podemos ser amigos de alguien y disfrutar el *tesoro* de la amistad, podemos ser amigos de Jesús y disfrutarlo.

Pero la gracia, decimos, no solo supone la naturaleza, sino que la perfecciona.

Como venimos al mundo con las malas inclinaciones del pecado original, naturalmente podemos viciar una amistad humana con egoísmos. La amistad de

Cristo, en el orden sobrenatural, va a darnos *un corazón nuevo*, purificado, y por consiguiente vamos a ser mejores amigos de nuestros amigos. ¡Qué buenos amigos han de haber sido y deben ser los Santos!

La gracia, Dios en nosotros, que nos hace mejores, nos hace también *mejores amigos*.

El ejemplo de Cristo, capaz de ofrecer su vida por los amigos, y de amarlos *hasta el fin*, refuerza en nosotros la disposición a seguir ese ejemplo. *Vayan y hagan lo mismo*, nos dice,... *Uds. con sus amigos* (cfr. Jn. 13:14-17).

Ser amigo de Cristo y disfrutar Su amistad nos ayuda a serle fieles. Es decir, a cumplir eficaz y creativamente la voluntad de Dios. Todo lo que se hace con gozo se hace mejor, dice santo Tomás, porque provoca y facilita una mayor dedicación y una mejor acción.

Así, con el corazón exultante los amigos de Jesús Francisco de Asís y sus compañeros se dedicaron a restaurar una iglesia. No sólo evitaban pecar, no sólo se desprendieron de todo para imitar a Cristo pobre, sino que pusieron manos a la obra, eficazmente. *Fieles en lo pequeño, fueron fieles también en lo más grande...* (cfr. Lc. 16:19), y así su trabajo restaurador se proyectó después a todo lo largo y ancho de la extensión de la Iglesia.

Podríamos dudar de nuestra fidelidad al Amigo porque nos sabemos pecadores, capaces de fallarle y traicionarlo. Ese temor podría mantenernos a distancia

de Jesús, no queriendo acercarnos demasiado a Él para no perderlo definitivamente.

Sin embargo, ese peligro, siempre presente en toda amistad, no nos impide cultivar otras amistades, a las que podríamos igualmente fallar y que podríamos perder. Acaso ¿no recuperamos las amistades que nos interesan?

Jesús mismo inventó la manera, fácil, accesible, de restablecer la amistad con El, *no una o siete veces, sino setenta veces siete...*, con la confesión. ¿De qué hablamos, cuando decimos *el sacramento de la reconciliación*, sino de volver a la amistad con Cristo, *como si nada hubiera pasado?* (cfr. Jn. 8:11).



8

Estando con El

¿Cómo hacernos amigos de Cristo? Como se hacen las amistades: con el trato frecuente.

Lo primero es tomar la decisión de pasar tiempo con El, leyendo sobre su vida, hablándole, escuchándolo. *Basta ver a Cristo para amarlo, basta abrir los ojos y mirarlo...*, dijo uno de sus amigos (García Morante). Admirarlo, abrirle el alma, y pedirselo. Nos hacemos amigos de Cristo como lo lograron los primeros que tuvo: *y esa noche se quedaron con El...* Se trata de vivir con Él.

Así lo hacía la Virgen, su Madre. Como toda madre está amando a su esposo y a sus hijos mientras lleva a cabo sus tareas, la Virgen estaba con Él en su casa, y estuvo con Él en todo momento.

Lo vio crecer, y creció en intimidad con Su hijo. Lo vio jugar, correr, lastimarse, reír con sus amiguitos, sorprenderlos... Lo vio crecer, hecho un joven fuerte y trabajador, solidario con san José *el carpintero*. Lo vio hacerse hombre, y un día lo vio partir. A discreta distancia lo escuchaba hablar, *con una sabiduría sorprendente*. Mantenía con El una relación muy especial, siempre diciéndose todo con la mirada.

Lo vio sanar y resucitar y devolver hijos sanos a sus madres. Lo vio y estuvo a Su lado al pie de la Cruz, sufriendo la tortura y la lanzada en el costado al Crucificado. Y lo vio aparecer, resucitado, y le escuchó cosas que sólo Ella escuchó. Era Su hijo, en todo momento, y lo sigue siendo.

Nosotros, salvadas las distancias, podemos como Ella *sentirlo* con todo el afecto posible y seguirlo, saberlo cerca en todo momento, mirándonos, acompañándonos, alentándonos, consolándonos, cuidándonos mientras jugamos o dormimos, trabajamos y servimos, cooperamos con la obra creadora del Padre, o, *dejándolo todo, lo seguimos...*

Y podemos *participar de los sentimientos de Cristo* (cf. Fil 2, 5), hacia los demás: Su madre, sus amigos, sus preferidos,...sus enemigos (cf. Mt 5, 44).

Si Dios nos había creado y puesto en un Paraíso, en el que lo más importante era la familiaridad con Dios, que se paseaba con nosotros..., la amistad con Cristo nos devuelve esa familiaridad, nos hace disfrutar de su compañía como lo hacen los amigos. Los amigos de Dios.

Con la Virgen, paseamos con Dios, tratamos de amistad con quien sabemos que nos ama... Sabemos que El está cerca. Lo buscamos para conversar con Él. Disfrutamos de su compañía. En otras palabras, por la certeza de la Fe, *nos levantamos y vamos*, con Esperanza, y nos unimos a El por la Caridad, en amistad.

Así podemos estar con Cristo y avivar nuestra amistad con El mientras nos empleamos tanto en la oración, personal o comunitaria, como en *actividades*

que no son dirigidas a Él. Así, como quería san Pablo, *oramos sin cesar...*(cfr. 1 Tes. 5:17).

Y al momento de rezar, entrenados en sabernos junto a Él, espontáneamente nos ubicamos en actitud de *confiada adoración y alabanza*. Le decimos que El es *lo más...*, lo más grande y el más bueno: *¡santificado sea tu nombre!* Que queremos que El venga y se quede con nosotros con toda la fuerza de Su gracia: *venga a nosotros tu reino...* Que queremos ser Sus amigos y seguir siéndolo siempre: *hágase tu voluntad...*, sin jamás hacer nada contra nuestra amistad: *¡no nos dejes caer en la tentación!*

Así tratamos con Dios al que conocemos, al que queremos tener siempre como Amigo, y al que quisiéramos amar para siempre. Esto quiere decir que actuamos con la inteligencia, la voluntad y el corazón. Con esa dimensión afectiva que es muy activa en nuestra oración, y toma la forma de expresión que corresponde al momento de nuestra relación con el Amigo, como nos ocurre en todas las demás relaciones con las personas que amamos.

Así, con El festejamos juntos un acontecimiento feliz, o nos arrepentimos de haber fallado, o nos acompañamos serenamente en silencio. Con Él, el corazón se alegra, o se entristece, o permanece en paz. Y eso, con los amigos, no lo fingimos, sino que surge y se expresa natural y sinceramente. Así es con Dios (así lo expresan los Salmos). Y así de auténticos nos quiere Dios en nuestro trato con El (cfr. Is. 29, 13).

La iniciativa de llamarnos a la vida fue un acto de amor, y por ese mismo amor nos está creando continuamente. A nosotros nos toca corresponder a Su amor. Y esa correspondencia de amor entre los dos, ese *estarse amando al Amado*, ese estar juntos, *mirándose*, esa presencia como recíproca del Corazón de Jesús y el corazón del amigo que le reza, aun sin palabras, y hasta haciendo alguna tarea, esa *oración incesante* es lo mejor que podemos hacer en la vida, eso es vivir la amistad con Cristo, eso es la Religión, eso es la comunión cristiana que anticipa la unión con Dios en la bienaventuranza. Ese es un trato parecido al que tenía con la Virgen en su casa...

El gozo de la amistad no implica que todos los momentos, durante esta amistad, van a ser gozosos y de gran *consolación*, como diría san Ignacio. Pero ellos ayudan a afirmarse en la decisión de perseverar en esta amistad, en las buenas y en las malas, como corresponde a los amigos.

Podríamos preguntarnos si *la Virgen disfrutó* esa vida. ¿No sufrió más que lo que disfrutó?

Nos respondemos pensando en una madre que no sale con las amigas porque está acompañando a su hijo enfermo, ¿disfruta de la vida? ¿no sufre más que sus amigas?

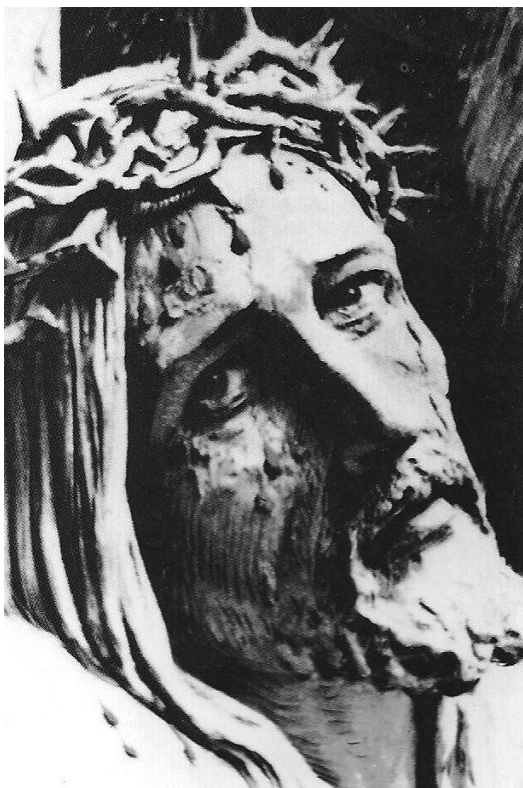
La pregunta es al corazón: El placer, ¿es el valor absoluto? Esa madre, ¿preferiría no haber dado a luz ese hijo, para poder salir con las amigas?

Tal vez ella nos diría que *vale más amar que disfrutar...* Y si amando muchas veces se disfruta, es preferible amar aunque muchas veces *con el amor nace la pena*, como dijo el poeta.

Los amigos de Cristo, como la Virgen, conocen el placer de Su compañía. Y saben también del sufrimiento de Su amigo. Y que a ese sufrimiento hay que asociarse con las propias penas y sacrificios. Y saben por experiencia que, con El, las cruces son más ligeras cuando se las sobrellevan con El.

La Virgen y los Santos nos dicen que es preferible ser amigos de Cristo con Su cruz que no ser su amigo, como seguramente es preferible ser madre y a veces sufrir con el hijo, que no serlo. O ¿qué madre, va a decir después del sufrimiento del parto, *preferiría no haberlo tenido?*

La Virgen y los Santos nos dicen que el antídoto contra el sufrimiento no está, como creen muchos, en salir de sí con recursos alucinatorios, sino en caminar la vida con el corazón lleno de amor, y por amor tomar de ella tanto las flores como las cruces. Por amor a Cristo el Amigo, y por amor a los que comparten con nosotros ese caminar. Y con la certeza de que la Pasión *con Cristo* dura sólo tres días, y el Cielo con El es eterno. Y que lo que importa es llegar. *...que al final de la jornada, aquél que se salva, sabe, y el que no, no sabe nada...*



9

Disfrutar su amistad

¿Quién es Cristo? ¿Un Dios poderoso que por ahí nos regala algo, si le pedimos?

Sí, pero más que eso. Es el Amigo divino, que nos ofrece Su amistad desde ahora y para la eternidad. Es Dios hecho hombre que quiere tener con nosotros una relación personal, íntima, de trato permanente, entre conversaciones y silencios, entre alegrías y pruebas, en el don mutuo del corazón.

Es Dios que se quiere relacionar con nosotros, de modo que podamos y queramos vivir esa relación, esa religión, como una amistad con Cristo.

Es el Dios que nos hizo *seres para la amistad*, para eso que, dijimos, es un gran regalo que nos ejercita en las virtudes cristianas y nos hace mejores.

Cristo puede ser nuestro amigo, siendo hombre verdadero, capaz de amar y apasionarse como cualquiera de nosotros, y siendo el amigo ideal. Y quiere, efectivamente, ser nuestro amigo. Para lo cual nos busca y nos persigue, como lo hizo con muchos y muchas, Sus amigos los Santos, a lo largo de la vida de la Iglesia. Amigos a semejanza de la Virgen, apren-

diendo de Ella a estar con Él, a saberlo siempre cerca y dispuesto a compartir con nosotros lo cotidiano de nuestra vida y de nuestras circunstancias, y a dejar que el corazón se le abra, se le apegue, se enamore de El...

Al final, el cristianismo no es tanto un cumplir obligaciones, sino amar y seguir a Cristo. Amarlo, y porque uno lo ama lo sigue, le obedece y habla de Él a los demás y le hace más amigos.

Porque uno es amigo de Cristo quiere conocer más y más sobre El. Porque es un amigo uno se duele de su dolor. Porque uno lo ama se alegra al verlo triunfante y feliz. Porque uno sabe que El, el Amigo fiel y afectuoso, está presente y cercano, en las cosas, en su Iglesia, en los demás, por esa cercanía permanente uno participa confiado de su fuerza, de su paz, de Su serenidad inalterable.

Al mismo tiempo, porque uno está *enamorado*, evita todo lo posible ofender al amado. Y toma precauciones, llegado el caso, para no hacerlo. Y si uno le falla se le acerca confiado y le pide perdón.

Si pudiera hablarse, en una relación romántica, de odio, pecado e infierno, se diría que uno odia ofenderlo y odia la sola idea de *perder* al amado, porque sería un *pecado* contra el amor lastimarlo, y sería un *infierno* perderlo. Por eso los autores espirituales hablan del odio al pecado y de la lucha contra el demonio y contra las ocasiones de pecar, por amor a Él, más que porque perder a Dios para siempre sería terminar en el infierno.

Así es. Así somos. Así nos hizo Dios, capaces de amar y de pelear por lo que amamos. Es decir, capaces de amarlo, capaces de perderlo, capaces de pelear por El y de *ganarlo* para siempre.

Y cuando ya nos sabemos amigos de Jesús, nos disponemos a disfrutarla, como disfrutamos la amistad con los demás amigos. ¿Cómo?

- estando juntos, y eso es la oración. Saberlo presente aviva la fe, la esperanza y la caridad, y anima la comunicación y la fidelidad. El está en todo lo que nos rodea, y especialmente en el sagrario, y está en nosotros amando al Padre con el amor que nos infunde su Espíritu. Tenemos que saberlo vivo y operante en nosotros, casi a la manera en que un bebe por nacer está en su madre avivando el amor al marido, alentando sus trabajos y esperanzas, prometiendo manifestarse, al nacer, como la *encarnación* de ese amor de los dos.

- conociéndolo cada vez mejor, descubriendo nuevos aspectos en la riqueza infinita de su personalidad. Para eso nos ayudan las buenas lecturas, las Vidas de Cristo, y aprender de los Santos, los amigos de Cristo cuya vida y obra podemos descubrir, admirar, imitar.

- y aprendiendo a conocer lo que quiere de nosotros y nos sugiere a través de sus inspiraciones e invitaciones, y de las *mociones* que nos ayuda a discernir la Iglesia a través de nuestros consejeros. Hay que dejarse ayudar por un sacerdote cercano, experimentado y piadoso, especialmente cuando vengan esos

momentos difíciles en los que, sin culpa nuestra, se nubla el cielo del alma y parece que Jesús se fue...

- también recuperándolo cuando le fallamos, como *hijos pródigos*, restableciendo la amistad con el sacramento de la reconciliación.

- siempre contando con El para seguir adelante, que nos anima con el aliento de la brisa, que es capaz de alzarnos cuando nos ve fatigados, que disimuladamente nos sostiene en el camino hacia el encuentro definitivo en el Cielo.

- queriendo verlo y recibirlo. Si todo ser vivo tiende a crecer hacia su plenitud, y busca lo que contribuye a su perfeccionamiento, que en nuestro caso es un bien infinito, así nosotros encontramos en Cristo lo que necesitamos para *sanarnos* y elevarnos y realizar nos plenamente. Porque sabemos que El es Dios, que nos hizo para El, y que *nuestro corazón anda inquieto hasta que descanse en El*. Todo aquel que ama necesita la presencia del amado. La reclama y suspira y espera y pide. Y así como los enamorados quieren verse, y los amigos quieren reunirse, así los Santos quieren ver a Jesús y encontrarse con El. Así suspira san Juan de la Cruz: *Descubre Tu presencia, y máteme tu vista y hermosura, mira que la dolencia de amor que no se cura, sino con la presencia y la figura...*

En nuestra amistad con Cristo, aunque es de orden sobrenatural, nos ocurre lo mismo que en toda amistad. Nos gustaría verlo, aunque sabemos que está. Nos gustaría escucharlo, aunque sabemos que interiormente nos habla. Y, apoyados en la fe, esperamos y confiamos en que no nos va a dejar, no nos va a fallar,

va a ser siempre el mejor amigo, y vamos a poder verlo y escucharlo después, Allá.

Si una linda imagen de Jesús puede ayudarnos, y puede llamarnos una y otra vez a serle fieles, lo que va a reavivar en nosotros el amor por El va a ser Su presencia en la Eucaristía. La gracia recibida en una fervorosa comunión va a alimentar en nosotros la fuerza de ese amor que es el mismo Espíritu Santo, *dulce huésped del alma*.

Las devociones, con su componente sensible, nos ayudan a cultivar el amor a un Dios invisible. Siendo seres sensibles y afectivos, necesitamos *ver para amar*. Y eso es lo que pone de manifiesto la religiosidad popular, viendo y tocando y cantando y expresando las necesidades concretas, inmediatas, de la salud o de la familia.

Igualmente necesitamos poner en juego la afectividad para que sea toda la persona la que participe. Sabemos que hay un Dios, amamos a Cristo como a un amigo, le cantamos y lo tocamos, ¡y lo comemos! Y nos juntamos para celebrarlo, como se festeja en familia un nacimiento, un casamiento, una mejor vivienda o situación laboral. La fiesta es también expresión corporal y sensible, y al asociar a Dios a los festejos, como invitado de honor, le estamos diciendo que es un amigo personal y de la familia. Y Él retribuye, por cierto, con el mejor de los regalos: su vida, su gracia.

Así lo quiso Dios, y así lo hizo.

La Iglesia ayuda a que esas celebraciones respondan a la fe y la alimenten doctrinalmente. Todo el conjunto de gestos y acciones, objetos, lugares y

tiempos que conforman la liturgia ayudan a despertar la fe y a alimentarla, a encontrar a Dios en Cristo y a sentirlo presente, a celebrar la amistad con El y compartirla. La música y el canto, especialmente, si logran elevar los corazones por encima de lo meramente rítmico y material y permiten la meditación de un texto, ayudan enormemente a canalizar la afectividad espiritual y a crecer en la participación en el misterio.

Decimos *misterio*, porque la liturgia es el encuentro de los amigos de Cristo que se unen para recibirlo, escucharlo y festejarlo.

Encuentro con Dios hecho visible, hecho amable e imitable. Un Dios que nos dice: - *vení, seguime*.

Encuentro con Alguien que es a la vez invisible y fascinante, que nos atrae y nos tiende la mano. Que nos quiere y nos alimenta y fortalece con los sacramentos, y nos ayuda así a seguirlo sin cansarnos, sin desviarnos, sin perdernos.

Porque cada vez que nos cansamos Él nos alza, cada vez que nos desviamos y perdemos El vuelve a buscarnos y ponernos en camino.

Y esto no una vez sola, sino, si es preciso, *setenta veces siete* veces...

Finalizada la liturgia, Él nos envía, a buscarle nuevos corazones que lo quieran y le respondan.

Que la Virgen y los Santos nos ayuden a ser verdaderos amigos de Jesús.+

INDICE

La religión en clave de amistad	3
El Amigo ideal	9
La afectividad de Cristo	15
El Amigo en acción.....	19
En el gozo del Espíritu	29
Conquistar la libertad	35
Podemos ser sus amigos.....	39
Estando con El	45
Disfrutar su amistad	51

